

nos recuerda la pertinencia de redefinir los planteamientos relativos al despotismo ilustrado y a la crisis de nuestro antiguo Régimen. Sin olvidar, en último término, otra exigencia: la de combinar la erudición y el rigor documental con una renovación metodológica en el análisis de las ideologías políticas y culturales. ■ ANTONIO ELORZA.

## Zikkurath o la antihipnosis

En España, la ciencia-ficción (que, de ahora en adelante, ruego se me permita nombrar con las siglas SF) ha sido considerada siempre como una parienta pobre de la literatura. Ni siquiera en la llamada "cultura popular" ha encontrado una ubicación adecuada; las novelas rosas, policíacas o del Oeste han acaparado el mercado de lo popular, y la SF —junto con otros dos géneros "de imaginación", el terror y lo fantástico— ha sido relegada al subespacio del "comic" barato y de mala calidad. Yo diría que esto es una consecuencia más del complot destinado al embrutecimiento total del consumidor. En efecto, y sin despreciar en absoluto los demás géneros aludidos, puede decirse que la SF tiene una virtud que a ellos les falta: la de despertar la imaginación del lector y, por lo tanto, su capacidad de crítica. La SF ha sido utilizada como vehículo de audaces críticas sociales, y como una forma parabólica de análisis de la realidad presente, mientras que los otros géneros no dejan de ser —salvo muy honrosas excepciones— simples juguetes de evasión.

La SF ha evolucionado notablemente, desde sus balbucesos en la época de Wells —a Verne, en rigor, no se le puede calificar de autor de SF, sino de novelista de aventuras que utilizó algunos de los procedimientos que luego tomaría este género— hasta nuestra década. Desde los relatos de aventuras en el espacio —la famosa "space opera"— de los años treinta, herederos de las novelas de capa y espada, atiborrados de monstruos verdes, bellas terrícolas y artilugios voladores y desintegradores, el género se ha ido decantando, depurando, hasta llegar a la "ficción especulativa" de nuestros días, de mucho más alto nivel intelectual, y que podría calificarse de "nuevo realismo". La SF actual

tiene poco que ver con los potentes cohetes que surcan "parsecs" y "parsecs" en un segundo, con las pistolas desintegradoras, con los marcianos repugnantes; su problemática parece centrarse más bien en la exploración del espacio interior, en la última realidad del hombre. De todo esto, de todo este enriquecimiento de un género, poco sabemos en nuestro país. A pesar del auge actual del género entre nosotros —Bruguera lanza la colección Nova, la revista "Nueva Dimensión" sigue haciendo lo que puede para difundir el género, las Ediciones Martínez Roca ponen en la calle clásicos de SF—, la miopía cultural de la mayor parte de los editores pone al público español en contacto solamente con formas de SF ya caducas y superadas. Por culpa de esto, el hombre de la calle sigue viendo el género fantacientífico como algo adecuado tan sólo para subnormales o para niños tontos. La mayor parte de la SF que nos venden no pasa de ser un subproducto con muchos años de antigüedad.

El fanzine "Zikkurath", dirigido por Fernando P. Fuenteamor, es —junto con la revista "Nueva Dimensión"— una esplendorosa excepción en este terreno yermo. La palabra "fanzine" designa a una publicación editada y distribuida de forma marginal, por un aficionado a la SF, que tiene solamente una circulación restringida entre los aficionados al género. La falta de ambición lucrativa de sus editores, auténticos "amateurs" en el sentido más noble del término, capaces de emprender una aventura que resulta ruinosa en la mayoría de los casos, hace que los trabajos incluidos en sus páginas resulten de mayor calidad de lo habitual. En el caso de "Zikkurath" se trata, sobre todo, de poner en contacto a los lectores de SF con las más avanzadas formas evolutivas del género. Combina la rigurosidad de selección, en lo cualitativo, con una gran amplitud de miras en cuanto al contenido de los textos. Así, el lector se encuentra con los relatos menos ortodoxos de Philip Jose Farmer —potente revulsivo formal y sexual— de Norman Spinrad, de Donald A. Wolheim y de muchos otros pioneros de la nueva ciencia-ficción. Es una revista modélica, un ejemplo que deberían seguir los aficionados a otros géneros literarios distintos, a otros medios de expresión.

El "zikkurath" o "zigurat"

era, en la antigua Mesopotamia, una construcción escalonada, de siete pisos; cada uno de ellos estaba dedicado a un planeta, a una divinidad. Este edificio ejercía una doble función, religiosa y científica: servía como lugar de culto y adoración a los dioses, y también como observatorio astronómico y astrológico. Era un estado intermedio entre la cueva por la que los chamanes ascendían al mundo de los espíritus y la astronave moderna. No se puede pensar en un nombre mejor para un fanzine de SF, cuya función principal parece ser practicar la "antihipnosis" por medio de la literatura: hacer pasar al lector, de un estado de embrutecimiento, al despertar de la facultad crítica imaginativa. ■ EDUARDO HARO IBARS.

"Zikkurath". Pedidos a Fernando P. Fuenteamor. Isidro Fernández, 6. Madrid-34.

## Cuatro idiomas para un Estado

"Hable bien, sea patriota, no sea bárbaro. Es de cumplido caballero que usted hable nuestro idioma oficial, o sea, el castellano". Lo decía una octavilla distribuida en 1955. El texto, citado por Rafael Ninyoles en "Cuatro



Una ikastola.

idiomas para un Estado" (1), aludía acto seguido a la necesaria disciplina y a Cervantes para acabar con un inimitable "¡Arriba España!".

(1) Editorial Cambio 16.

Era todavía la época en que usar en lugar público un "dialecto" —al catalán, al gallego, al vasco se les negaba categoría de lenguas hechas y derechas— equivalía a exponerse a todo tipo de insultos y acusaciones de antiespañolismo. La consigna del Régimen era imponer a todo español que se preciase de tal —es decir, que se sintiese identificado con el destino de la patria, según la definición de un catecismo político de la posguerra— la lengua única de "por el Imperio hacia Dios". Para ello había que vencer poco a poco la natural resistencia de los idiomas vernáculos a ser asimilados cuando no pura y llanamente sustituidos por el idioma oficial. Era fundamental ante todo reducir el ámbito de utilización de las lenguas periféricas, desterradas de los medios de comunicación, de la Administración y, por supuesto, de las escuelas y universidades.

El caso del euskera presentaba especiales dificultades: por su alejamiento del castellano, de nada servía una política asimiladora como la practicada en Cataluña o Galicia. En el País Vasco las medidas debían ser más radicales; había que conseguir su total sustitución.

En uno y otro caso, sin embargo, se utilizaban similares argumentos para justificar la violencia ejercida sobre las lenguas periféricas. Del vasco se negaba, por ejemplo, su existencia como idioma totalmente estructurado y coherente. Se aludía a su estado de dispersión y a su primitivismo de igual manera que se negaba la idoneidad del gallego o del catalán para la filosofía o la ciencia, es decir, para todo lo que implicase un alto desarrollo conceptual.

Igualmente entraban en juego factores psicológicos, hábilmente explotados, como la identificación entre el empleo del castellano y un "status" social alto. O se fomentaba entre los inmigrantes en Cataluña, por ejemplo, oriundos en su mayoría de zonas castellanoparlantes un sentimiento irracional de hostilidad hacia la lengua vernácula que servía para compensarles de sus frustraciones como clase explotada.

Sin embargo —y es éste un dato importante a la hora de enjuiciar el fracaso final de esa política represiva—, si exceptuamos el caso de Galicia, observaremos que en España, a diferencia de lo que ocurre en otros países